

IDENTIDAD, MEMORIA, HISTORIA Y LITERATURA.
ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE
EL CASO CHILENO

Gilda Waldman Mitnik

Resumen

Este artículo analiza algunos de los dilemas a debate en torno a la "identidad nacional" chilena, a la luz de algunas interrogantes cruciales sobre la construcción de un proyecto nacional futuro. El texto plantea que si bien el presente está profundamente marcado por el pasado, la sociedad chilena parece poco interesada en explorar las profundidades de este pasado, fracturada por una diversidad de memorias contrapuestas y antagónicas que expresan el conflicto moral y político de una sociedad que no ha logrado reconciliarse consigo misma. El artículo plantea, asimismo, los "simulacros" sobre los que se sustenta cierta visión de la historia chilena, y cómo éstos han sido reproblematicados literariamente.

Palabras clave: Identidad, memoria, simulacro, silencio, literatura, historia.

Abstrac

This article analyzes some debate dilemmas regarding Chilean "national identity", in the light of some crucial questionings about the future national project construction. The text states that if the present is profoundly marked by the past, Chilean society seems little interested in exploring this past depths, broken by antagonist and opposed memory diversity that express a political and moral conflict in a society that has no been able to reconcile with herself. The article states, as well, the "visions" upon which certain aspects of Chilean history have been supported, and how these have been literally re-examined.

Key words: Identity, Memory, Vision, Silence, Literature, History.

Identidad y proyecto nacional: el desafío

Los países latinoamericanos enfrentan interrogantes cruciales en relación al futuro que se avecina. Por ejemplo: ¿qué proyecto de país se desea construir? ¿Cómo re-leer la historia –reciente y pasada– a la luz de los desafíos presentes que enfrentan las sociedades del continente? ¿Cómo comprenderse a sí mismas y a su diversidad en momentos de cambios tan vertiginosos que obligan a re-examinar, de nueva cuenta, lo que se ha entendido como “identidad nacional”? ¿Cómo re-pensar los fundamentos de una nueva convivencia política y social cuando las respectivas comunidades históricas se encuentran marcadas, entre otros factores, por las redes de la globalización, la debilidad institucional democrática, la alta polarización social, y la escasa vigencia de los derechos económicos y sociales para gran parte de la población?

Ciertamente, no se trata de interrogantes menores, y no es casual que hayan aflorado en la actualidad. Según el sociólogo chileno Jorge Larraín, las preguntas por la identidad aparecen en momentos de crisis y de cambio histórico y social,¹ y si bien América Latina ha atravesado numerosas crisis –de la más diversa índole– a lo largo de su historia, procesos tales como la desazón frente al fracaso de las esperanzas desarrollistas de los años cincuenta y sesenta, el fracaso de los sistemas de gobierno populares y de los movimientos político-armados, las experiencias dictatoriales de los setenta, los efectos de la “década perdida de los ochenta”, así como la apertura –en el más amplio sentido– de las fronteras demarcatorias de lo nacional, el impacto de la cultura global de masas, el debilitamiento de la trama social, política y cultural de la sociedad, el reconocimiento de la heterogeneidad y diversidad de formas de vivir, pensar y sentir –que desafía los marcos de referencia formados sobre la base de identidades únicas y homogeneizantes– y el aumento de la brecha entre las esferas de poder y la sociedad –entre muchos otros factores– replantean para el continente en su conjunto, y para cada país en particular, el imperativo de reflexionar de nueva cuenta en torno a cómo construir un proyecto de nación a futuro.

¹ Larraín, Jorge, *Identity and Modernity in Latin America*, Polity Press, Cambridge, 2000.

Pero ello implica no sólo poner en discusión el presente, sino reconocerse en un pasado compartido. Aun asumiendo que no existe una sola reconstrucción de la historia sino múltiples versiones de la misma, enfrentar y resolver los problemas de ese pasado es tarea ineludible para construir un horizonte común.² Ello es particularmente difícil en un país como Chile en el cual, debilitada la apelación a un "nosotros", la subjetividad no se reconoce en un proyecto histórico colectivo, no sólo porque la agresiva apertura de la economía al libre mercado y los profundos cambios sociales, culturales y políticos que han recorrido al país durante los últimos 30 años se han traducido en una perplejidad social que dificulta la existencia de una visión compartida de país, sino fundamentalmente por una paradoja: el presente de Chile, está cargado por el peso de la historia, al mismo tiempo que la amnesia social sigue siendo característica esencial de un país que siempre reacciona e integra el pasado en su memoria.

Silencio, desmemoria y simulacro en tiempos recientes

Si bien podría afirmarse que hoy casi todas las generaciones del país están marcadas por el legado de los acontecimientos ocurridos durante los últimos 30 años (el gobierno de la Unidad Popular, el golpe militar, la dictadura y la transición democrática), la sociedad chilena parece poco interesada en explorar las profundidades de este pasado, fracturada por una diversidad de memorias contrapuestas y antagónicas que expresan el conflicto moral y político de una sociedad que no ha logrado reconciliarse consigo misma. Corroída por la angustia ante un presente de competencia económica, individualismo, inseguridad social, precarización del empleo, ruptura de vínculos comunitarios, farandulización del espacio público, diversificación de estilos de vida, etc., la historia es un peso que la inmoviliza. Es la "compulsión al olvido"³ lo que marca su presente y lo que le resta sentido a su pasado. Ello se ha manifestado, por ejemplo, en la estrategia de

² Garretón, Manuel Antonio, "Memoria y proyecto de país", en *Revista de Ciencia Política*, Instituto de Ciencia Política, vol. XXIII, núm. 2, 2003.

³ Moulian, Tomás, *Chile actual: anatomía de un mito*, LOM ediciones, Santiago, 1997.

“blanqueo” del país, manifestada en el envío de un *iceberg* a la exposición internacional de Sevilla en el año 1992. El símbolo del *iceberg*, en su frialdad, asumía para el gobierno democrático que había tomado el poder en 1990 un doble significado: por una parte, un discurso identitario de transparencia, éxito, empuje, dinamismo y eficiencia; por la otra, una condición virginal que “dejaba en claro el corte histórico con el pasado que pretendió trazar el Chile de la transición con el pasado utópico-revolucionario de los sesenta y con el pasado traumático de la dictadura militar.”⁴ Pero la nítida imagen del *iceberg* blanqueaba también “la sangre seca, los dolores sin término de los que esperan a los desaparecidos, los gemidos de los torturados, los remordimientos de los obligados a traicionar, la nostalgia de los exiliados, el gris dolor de la miles de personas dejadas sin trabajo.”⁵

Sustentada en el olvido y en el silencio, tal como ocurrió en otros procesos latinoamericanos de transición institucional a la democracia, la inducción al olvido en Chile se convirtió en política de Estado. Por tanto, desplazar la mirada hacia un futuro pletórico de expectativas —evitando inclusive rasguñar un presente que, por momentos, aparecía demasiado influido por el ayer— exigía congelar el pasado a través del camino más expedito: perdón y olvido. Indudablemente, han existido algunos ejercicios de memoria, en términos de dar cuenta de actos sistemáticos y masivos de violación de los derechos humanos durante la dictadura.⁶ No es menos cierto que actualmente más de 400 militares se encuentran involucrados en decenas de procesos distintos, y que se han emitido algunas sentencias condenatorias por el secuestro y desaparición de personas. Sin embargo, no se puede dejar de reconocer que se ha tratado de iniciativas parciales. Aunque se han develado algunos de los claroscuros más siniestros de la dictadura militar, abriéndose al mismo tiempo algunos importantes debates políticos en torno a la misma, es innegable que la impunidad —y el manto de protección política hacia los principales responsables— continúa siendo la más grave herencia del pasado

⁴ Richard, Nelly, *Residuos y metáforas: ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición*, editorial Cuarto Propio, Santiago, 1998, p. 175.

⁵ Moulian, *op. cit.*, pp. 35-36.

⁶ Hacemos referencia al Informe de la Comisión Verdad y Reconciliación (1991) que documenta los casos de muerte y desapariciones, y al Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura (2004) que documenta las torturas sufridas por decenas de miles de víctimas.

militar y el núcleo crucial del conflicto moral y ético que atraviesa actualmente al conjunto de la sociedad.

El déficit de memoria histórica adquiere también en la figura del *iceberg* otra dimensión. La blanca imagen de su simbolismo, que hacía referencia al (supuesto) presente y al (anhelado) futuro del país, anulaba toda referencia al casi un millón de indígenas –fundamentalmente de origen mapuche– que habitan Chile, reforzando de manera simultánea la negación del mestizaje y fortaleciendo así, uno de los principios sustantivos de una concepción (ahistórica) de la identidad nacional: la homogeneidad racial y social de la población. Por razones históricas derivadas de la obstinada resistencia de los indígenas mapuches de la Araucanía a someterse a una dominación ajena –primera española y más tarde republicana– la hostilidad y el conflicto con el “Otro” mapuche configuraron la construcción identitaria de la sociedad chilena basada en la contraposición entre “lo blanco” y “lo no blanco”, incluso después de que a fines del siglo XIX los mapuches fueran integrados como ciudadanos al Estado nacional.⁷ De igual modo, el cruce de españoles e indígenas –producido fundamentalmente en la zona central del país– se tradujo en un “blanqueamiento” segregacionista que repudió el mestizaje, relegándolo a los márgenes sociales, políticos y culturales de la construcción identitaria del país. En esta línea, “hablar de mestizaje (en Chile) es pronunciarse sobre una mezcla que aparece atenuada o borrada por el ejercicio permanente de ‘blanqueo’ que han adoptado los grupos dirigentes, los intelectuales y los políticos desde muy antiguo.”⁸ De ahí que “el simulacro (sea) una de las actitudes evidentes de la constitución mestiza, la puesta en escena de su singularidad.”⁹

Otros simulacros a lo largo de la historia

El simulacro tiene en Chile múltiples facetas. Obsesionado por mostrar sólo su rostro más hermoso, este país se presenta en la actualidad como un modelo para la región. Políticamente, hace

⁷ Bengoa, José, *Historia de un conflicto. El Estado y los mapuches en el siglo XX*, editorial Planeta, Santiago, 1999.

⁸ Montecino, Sonia, *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*, editorial Sudamericana, Santiago, 1996, p. 20.

⁹ Montecino, *op. cit.*, p. 48.

destacar sus logros democráticos post-dictadura, indudables ciertamente en términos de restauración de prácticas, valores e instituciones democráticas, elecciones libres y competidas, régimen de libertades, etc., pero insuficientes en términos de los límites institucionales impuestos por la dictadura¹⁰ y de la existencia de poderes fácticos cuya enorme fuerza política debilita los sistemas de representación institucional. Económicamente, presume el éxito del “modelo chileno” en términos de los logros de su inserción en la economía de mercado, sus tasas de crecimiento y relativa reducción de la pobreza, aunque persistan problemas de inequidad e injusticia social,¹¹ olvidando que tras el país moderno y competitivo que disfruta del mercado global se esconde un profundo miedo social: el miedo a la incertidumbre y a no comprender a qué sociedad se pertenece, el miedo a la inseguridad laboral, el miedo a la falta de solidez de los lazos sociales, el miedo al aumento de la criminalidad, el miedo al caos e incluso el miedo a los fantasmas del pasado.

El simulacro asume también en Chile –país desmemoriado, ambivalente y contradictorio–¹² otras dimensiones. Una de ellas la constituye, por ejemplo, el mito de la “excepcionalidad”, misma que ha jugado un papel central en la construcción de la historia y la identidad de la nación. Proveniente de la época de la Colonia, y justificado entonces por la permanente guerra contra los mapuches y por la lejanía territorial que no resistía comparación con los grandes centros virreinales como México o Perú, la “excepcionalidad” se convirtió, desde la Independencia, en blasón de orgullo ante el mundo, a pesar de la pobreza del país. Diversas fueron las vertientes del mito de la “excepcionalidad” (que convertirían a Chile en la “República modelo” en Latinoamérica) aunque tras cada una de ellas estuvieran presentes la negación

¹⁰ Sólo en fecha muy reciente el poder legislativo ha anulado los “candados institucionales” impuestos por el régimen pinochetista en vísperas de la transición democrática, como por ejemplo, la existencia de “Senadores vitalicios designados” (entre ellos, ex-jefes de las tres Fuerzas Armadas más Carabineros), la desautorización al presidente a remover a los comandantes y el otorgamiento de un poder tutelar sobre la democracia en favor de la cúpula castrense.

¹¹ Drake, Paul y Jaksic, Iván, *El modelo chileno. Democracia y desarrollo en los noventa*, LOM ediciones, Santiago, 1999.

¹² Como breve ejemplo, cabría destacar la leyenda que corona al escudo nacional: “Por la razón o la fuerza”.

y la desmemoria. Así, por ejemplo, tras la idea de "civilidad" se ocultaba, entre otras cosas, la "violencia sacrificial" de los cuerpos martirizados de araucanos y españoles durante la Conquista, las cruentas guerras contra Perú y Bolivia durante el siglo XIX o las masacres obreras de las primeras décadas del siglo XX. Tras la noción de "estabilidad" se olvidaba que los militares no habían sido históricamente ajenos a intervenir de manera periódica en la vida política y en el gobierno del país.¹³ Tras la imagen de "democracia institucional" no se tomaba en cuenta el carácter oligárquico de la sociedad chilena, al menos hasta la primera mitad del siglo XX. Tras la noción de "solidez política", no se querían reconocer las tendencias autoritarias presentes en el país desde principios del siglo XIX. Tras el principio de "adhesión a la norma," se olvidaba la falta de voluntad para aplicar la ley, aun cuando no se cuestionara su legitimidad y validez. Tras los valores republicanos de libertad e igualdad y las formas republicanas de gobierno inspiradas en el modelo enciclopedista europeo, se dejaba de lado el sello estamental y excluyente de la sociedad chilena.¹⁴

Pero el golpe de Estado de 1973 rompió toda ilusión de excepcionalidad.¹⁵ Lo acontecido en ese año demostró que "no éramos todo lo civilizados que creíamos ser. No éramos tan democráticos. Los militares no han sido todo lo no-deliberantes que suponíamos y queríamos que fueran. La brutalidad no nos era algo ajeno históricamente. No éramos los ingleses, suizos, etcétera, de Latinoamérica. No éramos la excepción."¹⁶ En 1973 la memoria emblemática de la nación se fracturó, perturbándose la "unanimitad" en torno a "una" historia nacional única.

¹³ Recuérdese, por ejemplo, que fueron oficiales del ejército quienes lideraron al país en las tres primeras décadas después de la independencia, o que desde 1891 hubo varias intervenciones militares, como la de 1924, por ejemplo, que desestabilizó el sistema político hasta 1932.

¹⁴ Véase, Moulian, *op. cit.*; Jocelyn-Holt, Alfredo, *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*, editorial Planeta, Santiago, 1997; Portales, Felipe, *Los mitos de la democracia chilena. Desde la conquista hasta 1925*, Catalonia, Santiago, 2004.

¹⁵ Valenzuela, Arturo, *El quiebre de la democracia en Chile*, FLACSO, Santiago, 1989.

¹⁶ Jocelyn-Holt, Alfredo, "El secreto mejor guardado", en Richard Nelly (editora), *Políticas y estéticas de la memoria*, editorial Cuarto Propio, Santiago, 2000, p. 29.

Cuando la historia se reproblematisa literariamente

Ciertamente, en Chile, el tema de la identidad ya había surgido como tema de discusión desde la década de los años veinte, pero no fue sino hasta los años ochenta que adquirió una relevancia particular, al calor de los grandes cambios socio-históricos que recorrían al país y de los retos que implicaba pensar en un nuevo proyecto de nación. El proceso de transición comenzado en 1990 planteaba un problema central: qué contenido darle a la democracia en un contexto en el que las herencias institucionales y morales de la dictadura militar seguían vigentes. En este sentido, pensar proyectos políticos futuros suponía re-leer el pasado. En esta línea, la reactivación sobre el debate de la historia ha constituido uno de los fenómenos más controvertidos en el proceso de transición.¹⁷

En el entorno de transformaciones estructurales y culturales que modificaban radicalmente el rumbo de la vida social y formulaban nuevas interrogantes en torno al futuro nacional, la reproblematisación de la historia aparecía como una necesidad imperiosa, no sólo ante las transformaciones estructurales y culturales que modificaban radicalmente el rumbo de la vida social o ante las herencias de una dictadura militar que el regreso a la democracia no había resuelto definitivamente, sino también ante la presencia de dos fenómenos que apelaban a la necesidad lanzar una nueva mirada a la historia. El primero de estos fenómenos se refería a la visibilidad en el espacio público del movimiento indígena mapuche, cuya presencia había sido relegada históricamente a los márgenes de la política, la sociedad y la cultura.¹⁸ El segundo, a la fractura de la memoria emblemática de la nación y a la perturbación de la "unanidad" en torno a "una" historia nacional, traducido por ejemplo, en la pérdida de centralidad del discurso nacionalista y en el debilitamiento de las huellas de la memoria en el imaginario simbólico colectivo.

El trabajo historiográfico reciente en Chile se ha apartado del trazado de las "grandes narrativas" que estudiaban los macro-

¹⁷ Véase al respecto, Richard, *op. cit.*; Correa Sofia, *et al.*, *Historia del siglo XX chileno. Balance paradójico*, editorial Sudamericana, Santiago, 2001.

¹⁸ Bengoa, *op. cit.*

procesos y fortalecían, de hecho, lo que era entendido como “la identidad nacional.” A través de nuevos enfoques teóricos y metodológicos, así como del uso de fuentes alternativas y de la complementación del saber con disciplinas tales como la sociología y la antropología, la renovación conceptual y teórica de la historiografía se avocó a la tarea de pensar “otras” formas de hacer historia, recuperando los espacios olvidados y los nombres de vencidos y marginados.¹⁹ Al mismo tiempo, una interesante corriente narrativa, nutrida precisamente en las contribuciones de esta nueva historiografía, daba paso a la publicación de un vasto número de novelas históricas las cuales, desde la clave del presente, revisaban diversos episodios de la historia del país, reconstruyendo las huellas perdidas de las voces que perturbaban la “línea única” de la historia oficial, y privilegiando a las figuras históricas inadvertidas por el gran relato épico de la novela histórica tradicional. En líneas generales, esta nueva novelística histórica chilena pone énfasis en tres momentos históricos fundacionales de la historia chilena: la Conquista, el periodo colonial y la Independencia. Desplazando la mirada hacia las figuras femeninas –enriqueciendo y complejizando la presencia de quienes, mudas y ausentes, no aparecían en las grandes “narrativas” históricas– haciendo visible la fuerza del mundo femenino en una sociedad como la chilena en la que, al igual que el resto de Latinoamérica, desde los tiempos de la Conquista la presencia de la madre –indígena– dejó hondas huellas en una estructura social y familiar caracterizada por la ausencia del padre –español– y la ilegitimidad de sus hijos.²⁰

No es casual que la nueva novela histórica en Chile retome los momentos fundacionales de la construcción de la nación. La pregunta ¿qué y quiénes somos? surge en América Latina desde los primeros años de la Conquista. Pero, si bien Chile comparte con el resto de los países latinoamericanos una identidad común derivada del hecho de haber sido reconocidos como “Otros” por los europeos, el particular desarrollo de su historia relegó y excluyó a los indígenas, “blanqueando” el mestizaje y convirtiéndolo en un asunto no resuelto. (Montecino, 1998). Aunque la historiografía

¹⁹ Véase, por ejemplo, de Pinto, Julio, “La memoria como creación o división de identidad”, en *Revista de Crítica Cultural*, núm. 18, junio 1999.

²⁰ Montecino, *op. cit.*

estudió exhaustivamente (a través de cartas, ordenanzas y documentos) el periodo de la Conquista, el discurso histórico oficial privilegió a la Independencia como el momento fundacional real.

En esta línea, es significativo destacar, por ejemplo, la importancia de una novela como *¡Ay, mama Inés!* de Jorge Guzmán,²¹ una versión alternativa de la Conquista en la que, a través de una diversidad de voces, se reconstruye la vida de quienes se empeñaron en incorporar las tierras americanas a la corona española, así como el trato dado a los indígenas y el brutal choque entre la cultura española y la nativa. La novela se focaliza en la figura de Inés de Suárez, amante del conquistador Pedro de Valdivia, quien lo acompañara a caballo en su expedición desde el Cuzco y Tacna, junto con una pequeña compañía de soldados y algunos indígenas yanaconas, para fundar una ciudad y un país en los confines australes del planeta. Nunca bien reconocida por la historia, que desdibujó el mérito de haber sido la única mujer que participó, desde sus inicios, en lo que fue una empresa de hombres solos, de Inés de Suárez dependió más de una decisión histórica trascendental para los destinos del nuevo país. Jorge Guzmán revalora la persona de Inés de Suárez desde la óptica de un "Otro" femenino encarnado en la "mama", la mujer de extracción popular que criaba habitualmente a los hijos de los patronos, niños que a menudo asimilaban su lenguaje, su forma de ser, etc. Al adscribir a Inés a la figura de la "mama", Jorge Guzmán rescata a esta figura menor que, sin más legitimidad que el amor y la confianza, cuida y protege. Pero, al mismo tiempo, en un enorme aliento épico, Inés de Suárez aparece en su dimensión corporal y sexual, dotada de un gigantesco valor físico para defenderse y sobrevivir en la época álgida y peligrosa de las incursiones desorganizadas y devastadoras de los conquistadores en tierras indígenas y viceversa. Tras los murmullos y susurros de la "mama", la valerosa Inés de Suárez se hace cargo de la expedición conquistadora en algunos de sus momentos más difíciles, y es su protagonismo el que en ocasiones da una vuelta de tuerca a la historia. Narrado al modo de la crónica testimonial y las relaciones de conquista, adoptando asimismo entre sus estrategias narrativas elementos de la novela de caballería y de la picaresca del siglo de oro español, el relato recupera algunos

²¹ Guzmán, Jorge, *¡Ay, mama Inés! (Crónica testimonial)*, editorial Andrés Bello, Santiago, 1993.

de los vacíos más importantes de la historia mediante la ficcionalización poética de la misma. Así, por ejemplo, si la crónica histórica no registra sino rumores y conjeturas respecto a lo que aconteció la nochebuena de 1553 en Tucapel, cuando Valdivia es emboscado y muerto por los indígenas; la novela opta por la ambigüedad del discurso literario contemporáneo, evocando el episodio por medio de la voz agonizante y siempre enamorada de la "mama" Inés, 20 años después de ocurrido. Al centrarse en la figura de Inés, Guzmán destaca la voz de un ser marginal: la mujer, dentro de una sociedad donde imperan los valores inherentes a la masculinidad. Pero la Inés de Suárez literaria posee una claridad envidiable a la hora de leer las motivaciones tras cada acto. Ella es la voz fría y brillante tras la figura de Valdivia, un hombre temeroso, dubitativo e irritable en medio de un ambiente inestable, hostil, amenazante ante el persistente temor del ataque de un enemigo siempre sorpresivo. La figura de Inés de Suárez aparece como la contrapartida posible de las figuras femeninas indígenas –Fresia, Guacolda, Tegalda y otras– presentes en la epopeya *La Araucana*, de Alonso de Ercilla²² –texto fundacional chileno– mismas que alentaron, junto a sus hombres, el comienzo de lo que sería una guerra de 300 años contra los invasores de sus territorios. Pero es Inés de Suárez quien, desde su lecho de muerte, revisa el mundo que ha resultado de la travesía que nació por el porfiado afán del conquistador. Sus ojos alcanzan a ver en qué se convirtió el sueño, y su mente aventura esa mezcla especial de culturas que seguirá al periodo de conquista. El mestizaje será así, para Inés de Suárez, el eje de la futura conformación étnica de Chile en la inasible sociedad colonial, dependiente de una lejana monarquía europea y ajena a las luces de la ilustración, que dormiría durante dos siglos y medio una larga siesta.

Pero quizá el personaje más reiteradamente presente en la nueva novela histórica chilena es el de *La Quintrala*, sobrenombre asignado a doña Catalina de los Ríos y Lisperguer (1604-1665), una de las figuras más subyugantes del siglo XVII colonial y ampliamente temida en su tiempo por su fama de mujer cruel. Sin duda uno de los mitos femeninos más poderoso del país, su leyenda se divulgó de boca en boca por campos y ciudades a lo largo de varios siglos, dejando siempre un halo misterioso en la

²² Ercilla y Zúñiga Alonso, *La Araucana*, editorial Andrés Bello, Santiago, 1993.

memoria nacional. Hija de una poderosa e importante familia de comendadores del periodo colonial y depositaria de sangre alemana, española e indígena en sus venas, doña Catalina de los Ríos y Lisperguer quedó permanentemente en el lado oscuro de la historia, acusada de pactos con el demonio y de cometer, sin freno, un extenso abanico de horrores (crímenes, torturas y crueldades) con amantes y personas que tenía a su disposición. Ausente de la historia hasta el último cuarto del siglo XIX –a pesar de formar parte de la memoria colectiva y el discurso oral– *La Quintrala* fue retomada en ese periodo por el historiador Benjamín Vicuña Mackenna –quien probara su historicidad a través de documentos notariales y judiciales– como símbolo negativo del discurso fundacional con el que se construía y consolidaba, desde mediados del siglo XIX, un proyecto de país y una identidad nacional “civilizados” y ajenos a la presencia indígena.²³ Desde esta perspectiva liberal e ilustrada, era la ascendencia mapuche de *La Quintrala* y su mezcla de sangres lo que la inducía a cometer los crímenes de los que se la acusaba pues, más allá de su fe católica, el nexo con sus raíces indígenas la convertía en una figura maligna y maldita. Desde una perspectiva igualitaria, también presente en Vicuña Mackenna, *La Quintrala* representaba el poder aristocrático de la oligarquía colonial, no perpetuable ya en la sociedad chilena del siglo XIX. Asimismo, desde un discurso patriarcal, su “lascivia” y “pacto con el demonio” la volvían la antítesis de la “mujer chilena” de la época, recatada y fiel. *La Quintrala* aparece, así, desde el discurso excluyente de construcción de la identidad nacional, como un mito aterrador que, desde la maldad incontenible proveniente de sus genes mixtos, amenazaba a la justicia, al matrimonio, la religión, el sistema de clase y el ordenamiento sociocultural. El libro de Vicuña Mackenna, convertido en única y legítima fuente histórica, inspiró innumerables obras de teatro, series de televisión, películas y novelas, insertas todavía en una visión criollista en torno a la “esencia” de la identidad nacional y sustentadas todas ellas en las coordenadas generales propuestas por Vicuña Mackenna –mujer rebelde, sacrílega, monstruosa y demoníaca– a pesar del énfasis diferencial con el que pudieran aproximarse a *La Quintrala*.²⁴

²³ Vicuña Mackenna, Benjamín, *La Quintrala*, editorial Sudamericana, Santiago, 2001.

²⁴ Cuadra, Ivonne, *La Quintrala en la literatura chilena*, editorial Pliegos, Madrid, 1999.

No es casual, sin embargo, que este personaje haya captado en los últimos años la atención de otros prismas de revisión de la historia nacional. Así, por ejemplo, desde una perspectiva cercana al feminismo, *La Quintrala* representa un relato alternativo al relato masculino, marca de origen que configuró la cultura y la historia del país. Miembro de una genealogía femenina a través de la cual se transmite la riqueza de tierras, esclavos y dinero, invasora del espacio público por su poder, violenta en una sociedad donde la violencia es ejercida por los hombres, Catalina de los Ríos y Lisperguer toma por asalto las estructuras patriarcales y los cánones del discurso masculino hegemónico prevalecientes en la sociedad colonial. Descendiente de una dinastía de mujeres solas,²⁵ trasgrede el juego de poder patriarcal y desordena las jerarquías familiares y sociales. Amada y deseada por los hombres, su libre sexualidad sólo puede ser combatida a través de acusaciones de brujería, pactos con el demonio y libertinaje. En este sentido, *La Quintrala* aparecería como una figura transgresora en una sociedad ritual y legalista, en la que el hombre cubre su ausencia a través de la dominación patriarcal y la mujer se convierte en matriz alternativa del soporte identitario.²⁶

Pero la figura de *La Quintrala* puede ser asimismo "leída" como figura emblemática para ilustrar el carácter paradójico y contradictorio de una sociedad como la chilena, que se mueve entre la afirmación de (supuestos) principios sustantivos y la emboscada de la negación. Así, por ejemplo, católica devota que participa fervientemente en ceremonias religiosas y entrega fortunas a la Iglesia, *La Quintrala* mantiene en la privacidad sus creencias indígenas y los rituales asociados a ellas. Castigadora y sufriente, se mueve permanentemente entre la casa y la plaza, el convento y el campo. Consagrada al Cristo de Mayo durante el día, al caer la noche se adueña de lo sobrenatural, la magia, la diversidad, las pasiones, el dolor, la muerte y el cuerpo. Con un rosario en la mano derecha, prepara con la izquierda brebajes hechiceros para curar, lograr favores, cumplir venganzas o resolver problemas del corazón. Austera y caritativa, es capaz de una impía ferocidad. Conquistadora y poseída, emparentada con la más alta aristocracia de Santiago, es el "enemigo" que traspasa las fronteras, pero que ejerce al mismo tiempo una soterrada e irresistible fascinación.

²⁵ Los varones de su familia se encontraban guerreando en Arauco.

²⁶ Montecino, *op. cit.*

Por otra parte, *La Quintrala* es también la figura metafórica que puede dar voz plausible a las dos grandes deudas pendientes en Chile: la exclusión del mundo indígena y del mestizaje de la historia y de la cultura del país, y el tema de la impunidad frente a las atrocidades cometidas en el pasado reciente.

En la primera línea mencionada, la nueva narrativa histórica juega un papel importante al ofrecer una mirada alternativa a la leyenda de *La Quintrala*, privilegiando su dimensión mestiza y sugiriendo que ésta constituye una parte oculta, pero siempre presente, de la identidad nacional.²⁷ Así, por ejemplo, al relevar que *La Quintrala* descende de una abuela indígena rica en tierras y de un abuelo de origen alemán que llega a Chile junto al conquistador Pedro de Valdivia, se destaca en ella no sólo su pertenencia simultánea a la oligarquía criolla y al linaje indígena, sino a la confluencia de sangres y la hibridación étnica y cultural que configuraron el rostro verdadero del país. Al subvertir los códigos en los que se ha ubicado tradicionalmente a *la Quintrala*, la nueva novela histórica reivindica la figura de una mujer que por rebelde, independiente y mestiza fue condenada por el poder patriarcal homogeneizador y excluyente de la época colonial. Al negar el valor peyorativo del mestizaje, se reconstruye a un ser cuya inteligencia, pensamiento y acciones provienen, precisamente de su compleja raigambre mestiza. En este discurso alternativo, Catalina de los Ríos y Lisperguer –la mujer fatal, apasionada y terrible que asesinara a sus amantes y torturara a sus criados– aparece como parte de una nueva estirpe de mujeres, que reivindica su herencia materna mapuche, reconoce su sangre indígena y se enorgullece de su herencia múltiple, lo cual no sólo la distingue del resto de una sociedad que niega sus raíces indígenas, sino que la transforma en una mujer más libre, menos temerosa y más dispuesta a romper las reglas impuestas con sangre por los europeos. En contraposición con la visión que la asociaba con los males que traía el pueblo mapuche a la cultura –primero colonial y luego nacional– la nueva

²⁷ Hacemos referencia, en particular, a cuatro novelas recientes en las que, más allá de las diferencias específicas entre ellas, se destaca el carácter mestizo de Catalina de los Ríos y Lisperguer, Valdivieso, Mercedes, *Maldita yo entre las mujeres*, Planeta, Santiago, 1991. Vidal, Virginia, *Oro, veneno y puñal*, edición Brosquil, España, 2002. Frías, Gustavo, *Catrala*, Alfaguara, Santiago, 2001; *La doña de Campofrío*, Alfaguara, Santiago, 2003.

novela histórica visualiza a *La Quintrala* –europea en parte y en parte memoria de la tierra indígena– como una síntesis mestiza de afectos y saberes, que construye una visión de mundo, capaz de burlar los más férreos controles. Protagonista y marginada, busca su lugar en una sociedad que le niega el espacio. Fiera y misteriosa, pasional y contenida, impulsiva y esquiva, astuta e indisciplinada, ella es el símbolo de una nación “otra”, la faz alterna de una sociedad prejuiciosa y racista sustentada en el principio ahistórico de la homogeneidad de su población. En este sentido, privilegiar el mestizaje de *La Quintrala* implica otorgar voz, espacio y visibilidad a los miles de rostros negados de indígenas y mestizos, no sólo para reconstruir lo que aparece como una identidad nacional fracturada, lastimada e incompleta, sino para reparar una historia de exclusión e injusticia, aceptando y reconociendo la ineludible necesidad de crear un proyecto de sociedad y Estado multinacional y multicultural.

La Quintrala puede ser también un pretexto para pensar en la impunidad de la que gozan quienes cometieron atroces violaciones a los derechos humanos en la historia reciente de Chile. Catalina de los Ríos y Lisperguer –acusada de múltiples crímenes, incluyendo el de su padre– nunca pudo ser condenada. Los procesos a los que fue sometida no fructificaron: se trataba de querellas contra una mujer poderosa, miembro de una familia “principal” que contaba con todas las cartas a su favor. “*Ella tenía muy claro la importancia de su linaje, del poder de su familia y de su valor ante la sociedad. No ha habido nadie que se le compare en poder, heredado de su abuela, reconocido por la Corona como propietaria y dignataria, lo cual es un fuero personal para hacer y deshacer vidas y fortunas en sus propias tierras*”.²⁸ Encomendera, hacendada, dueña de valles, casas y esclavos, estrechamente ligada a la Iglesia, a los gobernadores en turno y a toda la red del poder colonial, creó un mundo de reglas propias imponiéndolas a partir del terror, el miedo, el castigo y la muerte. Consciente de sus actos, infringió impunemente todo tipo de ley que la sociedad de su tiempo había establecido. Sus abusos y homicidios fueron, pues, doblemente criminales: en sí “y al amparo de instituciones

²⁸ Vidal, Virginia, *Oro, veneno y puñal*, ediciones Brosquil, España, 2002, p. 220.

que debieron velar por la seguridad del débil y no del poderoso.”²⁹ Incomparable en su poder y plenamente consciente de la importancia de su linaje, acumuló una fuerza formidable y brutal basada en su voluntad de dominio. “Respetada porque temida, y temida porque entre los chilenos de entonces, ya entonces para siempre, sólo el miedo inspira respeto, sólo la muerte tiene fuerza de ley”,³⁰ *La Quintrala* se convierte en encarnación del poder absoluto en un país “sospechoso de quienes aspiran a poseer el orden total, aunque incapaz de ajusticiar al abusador autoritario.”³¹ Profundamente ligada a la historia chilena, “tanto en la violencia como en la impunidad, tanto en la fascinación como en el rechazo visceral que nos produce el orden,”³² *La Quintrala* apuntó exactamente en el clavo de una ambivalente relación con el poder —que atrae y repele, asusta y embruja— todavía imposible de superar. En una sociedad de tendencias autoritarias como la chilena doña Catalina de los Ríos y Lisperguer anticipó la fuerza que llegaría a tener en la historia del país el “peso de la noche,”³³ que encuentra en la quietud de los dominados la base imprescindible para la dominación. En una sociedad donde regía la ley del más fuerte y la violencia del espacio público trasminaba todas las relaciones de dominio, *La Quintrala*, —considerada por los historiadores como la figura culminante de la historia criminal de Chile y arquetipo de una tirana con derecho a todo— anticipaba ya la capacidad de los poderosos para sobrepasar la ley y el poder abusivo y siniestro de una dictadura militar que no ha encontrado castigo cabal. Sin embargo, no se puede dejar de considerar que, en un símil metafórico casi profético, la leyenda de *La Quintrala* —imagen de honda raíz mítica— alude a una figura que, despojada de sus escapularios e insignias de mando, ya no sádica ni soberbia pero no menos espantosa, se encuentra colgada precariamente de un cabello a las puertas del infierno.

²⁹ Jocelyn-Holt, Alfredo, *Historia general de Chile. Los Césares perdidos*, editorial Sudamericana, Santiago, 2004, p. 256.

³⁰ Gumucio, Rafael, “La Colonia”, en Montecino, Sonia, *Revisitando Chile. Identidades, mitos e historias*, Publicaciones del Bicentenario, Vidal, 2003, p. 132.

³¹ Jocelyn-Holt, *ibid.*, p. 293.

³² Jocelyn-Holt, *ibid.*, p. 259.

³³ Jocelyn-Holt, *El peso...*,

Interrogantes finales

Interrogantes no resueltas, silencios inescrutables y deudas no saldadas recorren la historia de Chile, haciendo resonar ecos que no se sabe claramente "si lo que parece inmediato ya pasó, si lo recién escuchado proviene de un presente próximo o de un pasado inmemorial, desde ultratumba."³⁴ ¿Cómo, entonces, proyectar el futuro? ¿Cómo imaginar una comunidad nacional si no se ha enfrentado y resuelto "hacia delante" el pasado? ¿Cómo construir un país para las generaciones futuras si no se desempolvan acertadamente los fragmentos de las múltiples identidades que se adentran y esconden en ese pasado, o no se abre a examen crítico lo ausente y lo sustraído de relatos y vocabularios entrecortados e incompletos? ¿Cómo pensar una "historia posible" en contraposición a la "historia probable" si no se debate de nueva cuenta el derecho a la memoria en un país lamentablemente desmemoriado? ¿Cómo dejar de lado al *iceberg* de lisa textura y sin fisuras que Chile llevó a la exposición de Sevilla y que no debía verse ensombrecido por sombras, discontinuidades o resabios de tiempos anteriores? ¿Cómo cartografiar el futuro, si no se ponen al descubierto las paradojas y contradicciones del "país real", muchas de las cuales aparecen como fantasmas y mitos en un país cuyo principal conflicto es querer ser lo que no es?

Bibliografía

Bengoa, José, *Historia de un conflicto. El Estado y los mapuches en el siglo XX*, editorial Planeta, Santiago, 1999.

Cánovas, Rodrigo, *Novela chilena: nuevas generaciones*, ediciones Universidad Católica, Santiago, 1997.

Capponi, Ricardo, *Chile: un duelo pendiente. Perdón, reconciliación, acuerdo social*, editorial Andrés Bello, Santiago, 1999.

Cortínez, Verónica, *Albricias: la novela chilena del fin de siglo*, editorial Cuarto Propio, Santiago, 2000.

³⁴ Jocelyn-Holt, A., "La Quintrala en un hilo", Introducción a Vicuña Mackenna, Benjamín, *La Quintrala*, editorial Sudamericana, Santiago, 2001.

Correa, Sofía, *et. al.*, *Historia del siglo XX chileno. Balance paradójico*, editorial Sudamericana, Santiago, 2001.

Cuadra, Ivonne, *La Quintrala en la literatura chilena*, editorial Pliegos, Madrid, 1999.

Drake, Paul y Jaksic, Iván, *El modelo chileno. Democracia y desarrollo en los noventa*, LOM ediciones, Santiago, 1999.

Ercilla y Zúñiga Alonso, *La Araucana*, editorial Andrés Bello, Santiago, 1993.

Frías, Gustavo, *Cutrala*, editorial Alfaguara, Santiago, 2001.

—, *La doña de Campofrío*, editorial Alfaguara, Santiago, 2003.

Gallardo, Juanita, *Déjame que te cuente*, editorial Planeta, Santiago, 1999.

—, *Herencia de fuego*, editorial Planeta, Santiago, 2003.

Garcés, Mario, *et al.*, *Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*, LOM ediciones, Santiago, 2000.

Garretón, Manuel Antonio, "Memoria y proyecto de país", en *Revista de Ciencia Política*, Instituto de Ciencia Política, vol. XXIII, núm. 2, Chile, 2003.

Gumucio, Rafael, "La Colonia", en Montecino Sonia, *Revisitando Chile. Identidades, mitos e historias*, Publicaciones del Bicentenario, Santiago, 2003.

Guzmán, Jorge, *¡Ay, mama Inés! (Crónica testimonial)*, editorial Andrés Bello, Santiago, 1993.

Jocelyn-Holt, Alfredo, *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*, editorial Planeta, Santiago, 1997.

Historia general de Chile. Los Césares perdidos, editorial Sudamericana, Santiago, 2004.

Kohut, Karl y Morales, José (editores), *La literatura chilena hoy. La difícil transición*, Iberoamericana, Madrid, 2002.

Larraín, Jorge, *Identity and Modernity in Latin America*, Polity Press, Cambridge, 2000.

Menton, Seymour, *La nueva novela histórica de la América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

Montecino, Sonia, *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*, editorial Sudamericana, Santiago, 1996.

—, (compiladora): *Revisitando Chile. Identidades, mitos e historias*, Publicaciones del Bicentenario, Santiago, 2003.

Moreno, Fernando, "Apuntes en torno a la tematización de la Historia en la narrativa chilena actual", en: Kohut, Karl y Morales,

José (editores), *La literatura chilena hoy. La difícil transición*, Iberoamericana, Madrid, 2002.

Moulian, Tomás, *Chile actual: anatomía de un mito*, LOM ediciones, Santiago, 1997.

Pinto, Julio, "La memoria como creación o división de identidad", en *Revista de crítica cultural*, núm. 18, junio, Chile, 1999.

Portales, Felipe, *Los mitos de la democracia chilena. Desde la conquista hasta 1925*, Catalonia, Santiago, 2004.

Olea, Raquel y Grau, Olga, (compiladoras), *Volver a la memoria*, LOM ediciones, Santiago, 2001.

Richard, Nelly, *Residuos y metáforas: ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición*, editorial Cuarto Propio, Santiago, 1998.

———, (editora), *Políticas y estéticas de la memoria*, editorial Cuarto Propio, Santiago, 2000.

Richard, Nelly y Moreiras, Alberto, *Pensar en la postdictadura*, editorial Cuarto Propio, Santiago, 2001.

Salazar, Gabriel, "Memoria histórica y sociedad civil", en *Revista de crítica cultural*, núm. 18, junio, Chile, 1999.

———, *Historia contemporánea de Chile II. Actores, identidad movimiento*, LOM ediciones, Santiago, 1999.

———, *Historia contemporánea de Chile IV. Hombría y feminidad*, LOM ediciones, Santiago, 2002.

Valdivieso, Mercedes, *Maldita yo entre las mujeres*, editorial Planeta, Santiago, 1991.

Valenzuela, Arturo, *El quiebre de la democracia en Chile*, FLACSO, Santiago, 1989.

Vicuña M., Benjamín, *La Quintrala*, editorial Sudamericana, Santiago, 2001.

Vidal, Virginia, *Javiera Carrera*, editorial Sudamericana, Santiago, 2000.

———, *Oro, veneno y puñal*, ediciones Brosquil, España, 2002.